



24 de febrero de 1889

Sobre Mère Thérèse du Sacré Coeur

Queridas hermanas

Al dirigirme a vosotras en este momento en que habéis perdido a la Madre Térèse y que os traigo a la Madre Marie de Saint-Jean para sustituirla, no es mi intención poner fin a vuestra tristeza, ni destruir vuestros recuerdos, como tampoco es la intención de la persona que elegí, lo mejor que pude, para ser la superiora de esta casa.

Quiero poner ante vuestros ojos las cualidades de quien ya no está entre vosotras, los buenos ejemplos que nos dejó durante su vida y su última enfermedad. Las virtudes que la Madre Teresa practicó brotaban del amor que tenía a Nuestro Señor; su amor era un amor generoso, un amor humilde, un amor celoso, y eso es lo que os voy a decir.

El amor de la Madre Teresa por Nuestro Señor era un amor generoso. Todas habéis visto, como yo, cómo siempre quería hacer el mayor bien posible. La visteis enferma, apenas capaz de mantenerse, superando sufrimientos extremos que al final se convirtieron en verdadera agonía, y a pesar de ello, quiso vivir para servirnos con afecto y fidelidad. Ella tenía en el corazón el bien de vuestra casa, de vuestra alma, y le costaba, creedme, vivir en medio de tanto sufrimiento. Las que estábamos alrededor de su cama, la oímos decir varias veces: «Sería mucho más fácil dejarse morir, pero debemos querer vivir para nuestro Señor». Y a pesar de su aversión a la comida, aceptaba todo lo que le ponían delante, ¡y con qué generosidad superaba el asco que sentía!

Quería vivir para trabajar. Imaginaos lo que era tener ese mal olor saliendo de la herida de su costado y subiendo hasta su boca. Y, sin embargo, encontró la manera de comer por obediencia y para poder seguir trabajando. Y lo hizo por vosotras, por la casa de Burdeos, por esa querida casa que tanto amaba y que yo también amo. Aún le quedaban fuerzas para aconsejaros, para ayudaros con un problema, para escribiros pequeñas notas. Estas palabras están en vuestras manos y son como su testamento.

La Madre Teresa se apoyaba en todo, en nuestro Señor Jesucristo. Aplicaré esto a vosotras, mis queridas hijas. Cuando tengáis alguna dificultad, encontrad la solución en el amor de nuestro Señor Jesucristo. Cuando algo os cueste, hacedlo por amor a nuestro Señor. La Madre Teresa quiso hacer de esta comunidad una comunidad modelo, quiso hacer el bien a cada una de vuestras almas, hacer el bien a todas, dejándoos el ejemplo que os ayude a santificaros.

Lloráis, mis queridas hijas, pero sería poco si sólo hiciera brotar vuestras lágrimas y si no os animarais a hacer cosas generosas por Dios. ¿Podéis dar testimonio cada una de vosotras de que habéis respondido generosamente a todo lo que la Madre os ha pedido? Para ello, a veces hay que saber llevar el amor a Dios hasta el desprecio de sí mismo, como dice San Agustín.

El amor de la Madre Teresa por Nuestro Señor era un amor humilde. Para nada contaba con ella misma. Es una virtud que se puede tener cuando se es joven, pero que se adquiere sobre todo a medida que se envejece. Yo sé algo de eso, hermanas. Veréis que a medida que nos hacemos mayores, sentimos que sólo somos capaces de hacer tonterías. Aunque la Madre

Teresa no era muy mayor, se apoyaba únicamente en Dios, se refugiaba en la oración, en el amor de Dios para hacer el bien.

Lo visteis como yo, ella rezaba, se apoyaba en Nuestro Señor para hacer el bien. Evitaba afirmarse. Por extraño que parezca, las hermanas jóvenes tienden a autoafirmarse; es justo lo contrario de lo que debería ocurrir. Sé muy bien que las Constituciones piden a las hermanas mayores que tengan más humildad que las jóvenes, es justo. Pero también piden a las más jóvenes que no se impongan, que no den su opinión, para que nuestras casas no sean, como decía una superiora de comunidad, como una república cristiana.

El amor de Nuestro Señor había hecho humilde a la Madre Teresa. Pero tenía buen juicio, sabiduría y prudencia, pues a ella se le debe lo que hay de bueno en la comunidad, en el internado. Rara vez expresaba su propia opinión.

Madre Teresa siempre fue una hija muy tierna conmigo. Siempre decía: «Nuestra Madre es de esta opinión, le preguntaré a Nuestra Madre, la consultaré, esperaré su decisión». Nunca seguía lo que se le pasaba por la cabeza. Como veis, hermanas, cuando las opiniones propias se expresan en comunidad, siempre provocan desacuerdos y hacen cierto daño.

Hay pocas órdenes religiosas en las que las Constituciones sobre la humildad sean tan extensas, y no sin motivo, hermanas. Cuando nos aprobaron las Constituciones, el cardenal Sepiacci al entregármelas me dijo: «Aquí están las Constituciones; las habéis deseado, pues ahora vamos a observarlas, y si las observáis bien, os llevarán a la vida eterna. Hay que apoyarse siempre en las Constituciones.

Terminaré hablándoos del amor lleno de celo que la Madre Teresa tenía por cada una de vosotras. Entre las que me estáis escuchando, ¿quién de vosotras no dice que la Madre Teresa hizo todo lo que pudo para ayudaros a progresar, a corregir tal defecto, a adquirir alguna virtud de la que carecíais? A veces era celosa hasta la severidad.

El motivo debería ciertamente hacerla perdonar esta aparente severidad. ¿No creéis que en la eternidad le vais a dar las gracias por haberos librado de algún defecto que os habría retenido en el purgatorio durante mucho tiempo? Quizá entonces le estaréis muy agradecidas, si no lo estáis ya aquí en la tierra. Tenía celo por la santificación de los niños, tenía paciencia, y con los niños se necesita mucha paciencia. Hay que amar a los niños y aún más, tener paciencia, porque las almas de las niñas están aún más cerca de la infancia que vosotras; sus cualidades aún no están desarrolladas.

La madre tenía mucha firmeza acompañada de un afecto profundo y verdadero. Si una niña siente este afecto, este amor sobrenatural y firme, conseguiréis mucho de ella. Los niños no se resisten a esta influencia, sobre todo las niñas de Burdeos, que no son resistentes por naturaleza. No se aferran a decir negro cuando quieres que digan blanco. Son sensibles a la bondad, a la benevolencia, a la certeza de que se intenta hacerles el bien.

Un confesor me decía no hace mucho: «Entre las personas que confesamos, las que podrían darse cuenta de que queremos ayudarlas a mejorar estarían contentas de tener un confesor estricto». Lo mismo ocurre con las niñas. Cuando ven que se les exige y se obtiene de ellas ciertas virtudes, aman a la maestra que les exige. Pero cuando en el trato con las niñas nos dejamos llevar por el buen o mal humor, por lo molesto, por el fastidio que nos producen -son bulliciosos, hacen un ruido insoportable; fíjense que esto no es pecado-, si nos acercamos a ellos con esta disposición, no hacemos mucho bien. Un celo generoso, humilde, es lo que hace bien.

También debéis ser celosos unos de otros, no predicándoos unos a otros, sino dando buenos ejemplos, ejemplos de paciencia. Hago un llamamiento a cada una de vosotras. Entre todas vuestras hermanas, ¿no os habéis encontrado con alguna que os ha edificado, de la que habéis dicho: «Esta hermana es tal o cual, hay algo de Dios en ella, da gusto verla». Comprended, hermanas mías, que eso lo puede hacer cualquiera.

Si os pidiera que fuerais mujeres cultas, maestras brillantes, diestras en las artes como la Madre Magdalena de Jesús, me diríais que no podríais, y yo lo comprendería. Pero practicar la virtud, practicar ser humildes, buenas, caritativas, pacientes, dar buenos ejemplos, observar fielmente las Constituciones, las Reglas, eso, todas podéis hacerlo y eso es lo que Madre Térèse quería para la casa de Burdeos, para cada una de vosotras. Es a esto a lo que debéis aplicaros por gratitud, por afecto a la Madre y por afecto a nuestro Maestro.

Os esforzaréis, pues, por desarrollar en vosotros las virtudes del amor a Nuestro Señor, de la generosidad, de la humildad y del celo, y así seguiréis las huellas de la Madre Teresa del Sagrado Corazón. Esto es lo que quería deciros durante esta visita.